

Mars Company



Colección Pulpas

Narrativa

Primera edición: mayo 2019
Título original: *Mars Company*

©2019, Francisco Miguel Espinosa, del texto
©2019, iStock.com/Grandfaliure, de la ilustración de cubierta

©2019, Aristas Martínez Ediciones
www.aristasmartinez.com
c/ Toledo, 24-B, Badajoz 06008

Diseño de colección: Lejos Design

Diseño interior, maquetación y corrección: Sara Herculano

ISBN: 978-84-949498-3-8
Depósito legal: BA-223-2019
Impreso en Kadmos

La presente publicación ha sido beneficiaria de una de las Ayudas a la Edición convocadas por la Presidencia de la Junta de Extremadura

Este libro se terminó de escribir durante una estancia en la Residencia de Estudiantes gracias a una beca de creación artística otorgada por el Ayuntamiento de Madrid.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 917021970 / 932720447)

Mars Company

Francisco Miguel Espinosa

Para Edu Vilas y Guillermo Aguirre
Vosotros sabéis porqué

*Vivo con miedo a descubrir que el sol es una bombilla,
mis amigos figuras pintadas y que el cielo tiene esquinas.*

TIM POWERS

I

LO QUE GRITA OTRO MUNDO

En un invierno sin gravedad cientos de cadáveres consumen oxígeno privando de él a los vivos. Se pudren tirados en la calle o echados unos encima de otros. Atrapados en la imposibilidad de moverse, de tomar parte en el transcurso del tiempo. Viendo a los hombres que corren y destruyen todo a su paso; sin piedad, sin importar el daño; pisoteando las plantas que tanto sufrieron para crecer allí. Los muertos, con sus cuencas vacías, no acusan la oscuridad. No la perciben como una ausencia de luz. No se dan cuenta, afanados en su exudar veneno y contaminar los riachuelos, que el calor ha abandonado cada rincón. Los cadáveres, con su imborrable sonrisa de calavera, son expertos en la quietud. Ellos, que no muestran sorpresa ni se inmutan cuando los ponen en pie y abren sus brazos; cuando tiran de sus cuerpos descompuestos y les hacen levantarse, como en una danza macabra, trazando la coreografía para una melodía desafinada, la de una vieja guitarra con las cuerdas a punto de romperse. Los cadáveres erguidos se saludan entre sí, pero no se detienen ahí: se elevan y vuelan como aves de rapiña, con los brazos alzados a ambos lados del tronco: alas sin plumas. Surcan los

cielos con parsimonia, regodeándose en el camino invisible del viento. Los jirones de carne se van separando y se entremezclan con los de sus compañeros, componiendo nuevas caras, nuevas masas de carne, nuevos cuerpos flotando y sonriendo.

Varios cientos de cadáveres surcan unos cielos inexistentes.

* * *

La gravedad exterior del terrario dejó de funcionar hace meses. Ahora, avanzar se ha convertido en un infierno. Salen a buscar comida en grupos de tres o cuatro. Ella se desmarca rápidamente del convoy, eligiendo un camino de tierra artificial hasta las granjas. Utilizan botas especiales para mantenerse lo más cerca posible del suelo. El peso no importa en el espacio. Cada uno enfrenta la gravedad como puede. Algunas granjas quedaron sin saquear porque fueron defendidas, la sangre no flotaba aquellos días. Los disparos acertaban de lleno. El maíz fue lo primero en sufrir el saqueo y los granjeros se dedicaron a practicar tiro al blanco con los que pretendían quitarles el pan. Los niños debieron esconderse en las casas tras las barricadas, mientras sus padres morían allá afuera. Ella salta la verja de la primera granja. Ya no ve a sus compañeros. Mira hacia arriba y se topa con los cadáveres flotando. Le hacen gracia. No distingue los cuerpos

de los espantapájaros, que también comenzaron a levitar cuando la gravedad se fue al cuerno.

No desenfunda la pistola porque no hay nada que matar.

La granja parece sacada de un libro de Twain: la madera blanca cubierta por una capa de polvo, la veleta que ya ha dejado de girar, el porche, al que se accede por una escalera de cuatro escalones. En el buzón, un logo corporativo, como una bandera, o como un aviso ondeando al viento: *Mars Company*. Entra sin mirar atrás, haciéndose al silencio. La linterna ilumina a un palmo de distancia, vergonzosa. Si las paredes hablasen, piensa, echaría a correr.

Buscar latas de comida es un esfuerzo inútil a estas alturas, no es así como funciona. Hay que buscar mazorcas de maíz y judías. A veces, todo lo que encuentran es pienso para los cerdos. Pero no hay cerdos. Y, si los hubiera, sería un espectáculo verlos bailar sin gravedad, rodeados de cadáveres. Tal y como vivieron, la nueva vida es un sucedáneo. Abre la puerta de la granja y se encuentra una mesa grande de madera, flotando en mitad del salón, con sendos golpes en el centro que casi la han hecho partirse por la mitad. La oscuridad es densa. Las escaleras que conducen arriba transmiten una sensación de peligro ineludible. Saca el revólver y su peso le hace sentir un poco mejor. Esa mesa debió servir como barricada en algún momento. Tal vez dos niños se atrincheraron detrás, o un padre con su familia, aguantando una escopeta o algo así. Apuntando a la puerta, por si acaso.

Así que, piensa, ¿dónde está la escopeta?

Encontrar armas es bueno, sirven para defenderse de los que viven más allá de los campos de maíz. Los salvajes. Los otros. Los que comenzaron con la matanza y el saqueo. Pero las armas de fuego no se comen. Y el hambre empieza a hacerse notar. Un invitado al que nadie quiere cerca. A ella le duele el estómago, pero aguanta bien. Está hecha a la vida del terrario y apenas recuerda cuando era un sitio cómodo donde crecer. Algo parecido a un hogar.

En la pared del fondo, sujeto con chinchetas, un mapa muestra el sistema solar. El viejo sistema sale favorecido en estos planos antiguos de los que se usaban en las escuelas. Las líneas que ilustran la rotación de los planetas se cruzan con las que delimitan la posición de los terrarios: cinco en total, suspendidos como pequeños satélites alrededor de varios planetas. Esas construcciones significaron esperanza en otro tiempo. Ahora, quién sabe. Ella se detiene ante el suyo, suspendido alrededor del gigante azulado. Esos círculos podrían representar al ser humano jugando a construir un mundo a imagen y semejanza del que perdió.

Todos los muebles oscilan, empujados por una fuerza invisible. Se impulsa y vuela hasta aterrizar en otra pared. Disparar en gravedad cero no es una buena idea. Del otro lado de los campos solo llega silencio. Eso está bien. Al menos, ahora puede dormir por las noches.

—Aquí no hay nada, Kara.

Se gira rápidamente, sujetándose con el pie al marco de la puerta para no salir despedida por una ventana. Su compañero, Ucla Lee, que ha aparecido de la nada, sostiene un revólver con el tambor abierto. Ninguna bala.

—Esto es todo lo que queda.

—Y una mierda.

—Es lo que hay.

—Joder.

Los dos se dirigen a la cocina, deteniéndose en los bordes de las puertas para coger impulso. Los muebles que flotan a veces chocan, girando como peonzas a cámara lenta. La cocina presenta una nevera suspendida sobre los fogones. Ucla Lee se lanza hasta una de las sillas que se contonea con gracia y se sienta, agarrándose a los bordes.

—Se nos acaban las granjas.

—Ya.

—Pronto no podremos vivir del pillaje.

—¿Quieres que nos dediquemos a plantar tomates?

—Aquí no crece nada.

Ella se impulsa hasta la nevera y la abre de un tirón. Vacía. A veces, ayuda imaginarse el tipo de gente que vivía aquí. Estas son las granjas más alejadas; ni siquiera recuerda haberse dejado caer por allí. Nunca intercambió una sola palabra con la gente de los campos. Tierra

de palurdos, de analfabetos. Pero la comida de todo el terrario dependía de ellos. Eran los poderosos y ahora no son nada.

—¿Y los cuerpos?

—¿Qué cuerpos?

Ella se apoya en la pared cansada de dar vueltas en el aire.

—Bueno —dice—, si no están aquí es que murieron. Si es así, ¿dónde están sus cuerpos?

—¿Es que no has mirado al cielo? Están por todas partes.

—La puerta no estaba cerrada.

—¿Y qué?

—Que debieron morir aquí.

—O los hicieron salir.

—¿Para qué?

—Para matarlos afuera.

—¿Por qué?

—...

Tras pensarlo un momento, Ucla Lee responde:

—Para dar un escarmiento a los vecinos.

Ella mira a su alrededor. Tal vez no recuerde a las personas que vivían allí, pero sí el terrario antes de aquel

caos. Recuerda la luz, inundando el horizonte hasta donde alcanzaba la vista; los edificios, las casas de madera y el viento cálido que emanaba de la estrella artificial. Recuerda su casa, en la costa. Al pie del agua cristalina. Agua real. Agua que se parecía a la de las playas del planeta. Recuerda que aquí hubo vida.

—Vámonos —dice—. No queda nada.

Dejan atrás la granja y flotan entre los cadáveres.

* * *

Hay un silencio que no se rompe con nada. Algo profundo, una barrera inquebrantable. El silencio de los que se mueren de hambre. De los que solo quieren dormir y ser olvidados.

—Kara.

Una voz surge en la oscuridad del intercambiador, el pasillo que conecta todos los transbordadores que partían a diferentes áreas del terrario. Un camino a muchas partes que sirve de colchón. Ella se vuelve y contiene el aliento. Le duele el estómago, la cabeza. Hay noches en las que el silencio es una nana, un murmullo lejano de metal chocando contra metal. De huesos que se quiebran. Un silencio de ausencia. De los que deja un adiós al pasar.

—Kara.

No sabe si está soñando. Podría volver a ser una niña, dormida en el regazo de su padre. Escucha el rumor del oleaje, la canción de cuna de su infancia. Puede oírlo como si estuviera allí abajo, a miles de kilómetros, en el planeta azul.

—Sé que estás despierta.

—Claro que lo estoy.

Se da la vuelta y se incorpora. No hace frío. El saco de dormir cae hasta más abajo de su cintura, dejando al descubierto unas piernas desnudas. Hank está sentado a su lado, su perfil dibujado por la falta de luz, a trazos imprecisos. En ese silencio, Hank respira con fuerza.

—¿Te encuentras bien?

—No puedo dormir.

—Ya.

Kara se pasa la mano por el pelo corto y alborotado. No ha dormido ni media hora. Allí la gravedad todavía funciona. Arriesgan con un poco de luz de una lámpara de gas, que se esparce, espesa, hasta iluminar vagamente el intercambiador. La estación de cinco puertas dispuestas en fila, que dan a los raíles del transbordador, se ha convertido en un dormitorio improvisado, con sacos de dormir tirados por el suelo. Y dentro de los sacos, los vivos respiran con normalidad. Hank se frota los ojos, se le marcan tanto las arrugas que parece estar derritiéndose. Tan distinto a como era cuando llegaba a casa, en aquel coche rojo, para abrazar a su padre y regalarle a ella un

caramelo de café. Le encantaban aquellos caramelos. Lo recordaba con el pelo más oscuro y el bigote bien recordado. Con más fuerza. Ahora parece un anciano.

—¿Quieres que te lea? —pregunta Hank.

—Claro.

Kara se recuesta. Es bueno sentirse así, como una niña. Como en los mejores días del terrario. Los mejores días en el planeta azul, a salvo. Hank abre el viejo libro por la mitad: está tan ajado que parece a punto de rasgarse en dos. Lo recuerda en tiempos mejores: una edición barata de bolsillo, de páginas blancas. Hank siempre lo llevaba bajo el brazo y se lo leía las noches en que las olas en calma daban paso a un sueño tranquilo, en línea recta. Una ballena en la cubierta. Puede leer el título en letras grandes y azules. *Moby Dick*. Desde que tiene memoria, ha oído hablar de la ballena blanca y del capitán Ahab.

Hank lee:

No debemos olvidar que durante todo ese tiempo había una enorme cabeza de cachalote colgando del costado del Pequod. Pero la dejaremos ahí colgando, hasta que podamos hacerle caso. Otros asuntos apremian, y lo único que podemos hacer por ahora, es rogar al cielo que los aparejos aguanten. Ahora, durante la pasada noche, el Pequod había derivado poco a poco hacia un mar que, por sus constantes zonas de marejada, daba señales de cercanía de ballenas francas, una especie de la que pocos apostarían a que anduviesen cerca de ese lugar. Y aunque todos los marineros solían quitar importancia a la captura de esos ejemplares menores,

y aunque el Pequod no había sido enviado para perseguirlas en absoluto, y aunque había pasado junto a muchas en las islas de Crozetts sin arriar el bote, no obstante, ahora que un cachalote había sido capturado y decapitado, se anunció que, si tenían oportunidad, capturarían una ballena franca.

—¡Silencio!

La voz de Kuzma los sobresalta. Apenas ven el bulto de su cabeza incorporarse en el saco de dormir. Hank le había leído aquella historia durante años, siempre a pequeños sorbos, párrafo a párrafo, siempre en la noche. Habían estado leyendo ese libro durante toda su vida.

—Será mejor dormir.

Esa es una afirmación temeraria. Apagan la luz y Kara vuelve a tumbarse, ahuecando la almohada. Se habían llevado todo aquello de la casa de la costa, antes de que ardiera hasta no dejar nada. Un puñado de cenizas en alguna parte. De pronto, rugen tambores en la oscuridad. Todos cierran los ojos y aprietan los dientes. Los golpes retumban en las paredes de acero del intercambiador. Atraviesan los túneles con la rapidez de un pensamiento. Se dejan oír como una marcha fúnebre, una melodía insidiosa que nadie quiere. Pero ahí está. Pese a la falta de gravedad, nunca pasan del río. Y esa incógnita les atormenta.

Los tambores acompañan sus sueños hasta que nada más que pesadillas asoman al descanso.

* * *